

UNO

Primogénito casquivano de una familia acomodada de Vivar, Félix Olivares dejó familia y casa solariega apenas cumplida la veintena. Su hermano menor, Patricio, no solo lo animó en sus fantasías quijotescas, sino que hasta le prestó una cierta cantidad a fin de deshacerse de él y reclamar para sí todo el negocio familiar de exportación de lanas. Con esos dineros Félix se fue hasta San Sebastián. Comió poco, trabajó mucho, ahorró aún más y saltó el Atlántico hasta tierras americanas. Recibieron su visita Cuba primero y California después. Esta última, en plena ebullición de la Fiebre del Oro, parecía una tierra hecha a su medida. Durante los siguientes años, fue un poco de todo: mozo de bar, minero, gacetillero, tendero, explorador, herrero, sacamuelas... Le gustaba divertirse pero no era disoluto, buscaba fortuna pero no a costa de sus semejantes, sabía ser duro cuando la ocasión lo exigía pero nunca cruel por capricho. A los cuarenta, dueño de una próspera tienda de ropa en San Francisco, se casó con una mejicana. Un año después mujer e hijo murieron en el parto. El dolor y la soledad le hicieron pensar en su patria y en una familia de la que hacía más de quince años que no sabía nada. Además, la guerra civil americana había teñido con tonos rojos y negros la antaño desenfundada, anárquica y alegre California. Aunque los frentes de batalla estaban lejos, también allí la división que afectaba a la joven nación se podía palpar en un ambiente cada vez más deteriorado por los odios mutuos. Vendió todas sus pertenencias y puso rumbo a España. Llegó a Cádiz pocas semanas después. En Vivar supo de la muerte de sus padres, de la quiebra de su hermano y del apetito de unos acreedores que habían asolado la fortuna familiar. Patricio malvivía en

una pensión pulgosa donde hacía trabajos serviles para poder pagar el alojamiento y las cucharadas de comida rancia que le llenaban la tripa. Nunca había tenido olfato para los negocios y cuando su padre, escapado Félix, le había puesto a cargo de la empresa, el ambicioso había sellado su destino.

El “indiano” decidió hacer borrón y cuenta nueva, y sin saber muy bien la razón se instaló en Vallalmera. El origen del nombre de la ilustre población enfrentaba en interminable querrela a historiadores y lingüistas. Los últimos aseguraban que nacía de una fusión de valle y palmera que tras un primer estadio como Valle de las Palmeras había acabado contrayéndose hasta la actual Vallalmera. Los historiadores rechazaban la teoría. No existía un solo documento, afirmaban, que probase que durante sus siglos de dominio los musulmanes hubiesen plantado palmeras en esas tierras. Sea como fuera, Félix decidió darle un toque moderno a esa ciudad de veintitrés mil habitantes que disputaba a Valladolid la primacía provincial. Empleó su dinero, o mejor dicho, el propio y el de un banco que le prestó un buen cuartillo, para abrir una tienda de moda femenina que con escasa imaginación llamó *La Parisina*. Los anuncios insertados en los periódicos de la provincia afirmaban que salvo en Madrid y Barcelona no había en toda España una tienda que estuviese tan al día en las modas femeninas de la capital francesa. Desde lazos hasta zapatos, cualquier prenda de vestir que se viese desfilar en los Campos Elíseos podría, en adelante, lucir palmito en los paseos dominicales a la ribera del Pisuerga. No era del todo cierto, porque Félix compraba sobrantes de variada procedencia, pero dio igual. El éxito fue extraordinario. Las señoras provincianas se volvieron locas ante esta oportunidad de adquirir un pingo “de París” con el que disimular su olor a dehesa. Un lacito, un encaje, un sombrero ridículo o una sombrillita *à la chinois* y la afortunada dueña se sentía Madame de Pompadour. Incluso después de que el negocio se estabilizase, tras la histeria consumista de los primeros meses, las ganancias continuaron siendo notables gracias a la visita de clientas foráneas, incluidas las orgullosas damas de Valladolid. El préstamo al banco se pagó en poco tiempo y los números verdes florecieron. Félix se dedicaba en cuerpo

y alma a su tienda, trabajaba a destajo todos los días de la semana y su simpatía, acompañada de las muchas anécdotas que contaba de sus viajes al extranjero, eran el entremés adecuado para preparar una buena venta. Las clientas, llenas de curiosidad, no se cansaban de preguntar:

—Cuando estuvo en California ¿vio indios? ¿Es verdad que van como Dios los trajo al mundo? ¿Y que tienen la piel roja y que montan a caballo sin silla? ¿Es cierto que en los ríos se encuentran pepitas de oro grandes como huevos y que las esposas de los mineros se hacen pendientes con ellos? ¿Y qué hay de los pistoleros? Y la guerra; ¿Asistió a alguna batalla? ¿Con quién simpatizaba usted? ¿Compró alguna vez un negro?

Félix complacía a su parroquia mezclando verdades exóticas con mentiras fantásticas. Narraba con pasión la historia de la disputa entre mineros que había provocado el incendio de San Francisco, las costumbres tan ligeras de las mujeres americanas, que entraban en los bares con los hombres y llevaban entre las faldas una pistola chiquita llamada *derringer* o de cómo se exhibía desnudos a los esclavos y se les vendía al mejor postor “como usted, señora, podría comprar una gallina o un conejo”. Y mientras narraba, fascinaba a su clientas que adquirían género casi sin darse cuenta y pagaban a tocateja. El trabajo y los desahogos que sus historias le proporcionaban le sirvieron de inmejorable terapia. Tres años después de llegar a Vallalmera, toda su vida en América le parecía un sueño, un artefacto de su imaginación. Incluso el recuerdo doloroso de Conchita, su mujer, y su hijo se habían casi desvanecido en una piadosa niebla. Ya no representaban dolores pasados, sino deseos del presente y esperanzas futuras: la de volver a fundar una familia. Su corazón estaba, una vez más, predispuesto a dejarse conquistar.

* * *

Félix nunca olvidaría el día en que conoció a Isabel Landáburu: fue el mismo en que su tocaya, la reina, partía al destierro por la frontera de Irún. Entró en su tienda como protegida, o más bien, mascota, de la ruidosa y empingorotada

Ana de la Cierva, esposa de don Juan Muñoz, un conocido abogado local. Para quitársela de encima el picapleitos abrió su bolsa con generosidad. Ana callejeaba durante horas comprando esto y encargando aquello. El gasto podía ser abultado pero la paz espiritual que Muñoz disfrutaba a cambio no tenía precio. Porque su mujer, sí, era todo lo honrada que uno podía desear pero también una verdadera máquina desbocada de parloteo. El tema era lo de menos, el caso era no dejar de pegar el hilo. De haber sido por él, las tiendas de Vallalmera habrían abierto domingos y fiestas de guardar para así mantener fuera de casa a su parienta. Entre los amigos de Muñoz se encontraba el viudo Pedro Landáburu, un colega vizcaíno. La historia del vasco resultaba bastante desdichada. Años antes había defendido a un mal hombre de una acusación de estafa. Ganó el juicio y la forma que su cliente tuvo de pagarle fue enviándole en el mundo de las apuestas; primero con los naipes, luego en las carreras de caballos. Al final, consumido por el vicio, Landáburu apostaba su dinero por cualquier motivo. La fortuna le esquivaba y por cada peseta que ganaba perdía cinco. Los que le conocían y carecían de escrúpulos se dedicaban a ordeñarle. Incapaz de alejarse del mundo del desenfreno y las malas compañías, el abogado empezó a pedir prestado, se deslomaba trabajando para poder pagar, aceptaba tres o cuatro casos a la vez, que, como preparaba mal, perdía casi siempre. Su fama de buen letrado se esfumó, con ella sus clientes y cualquier posibilidad de cubrir sus deudas. Sableó a diestro y siniestro, vivió de excusas un tiempo, luego comenzó a vender los muebles de su casa, que quedó casi desnuda. La desesperación, la tensión, la vergüenza de verse reducido a tal figura, la propia asunción de su debilidad, que llevaba siempre a una recaída en el vicio, le vencieron. Una tarde, mientras pasaba por la calle, se echó debajo de un carro y quedó aplastado. La Policía dictaminó atropello accidental. Casi nadie se enteró porque a casi nadie le importaba. No tenía más familia que su hija, Isabel, niña mimada que solo prestaba atención a sus deseos y a la que su padre había matriculado en un internado de Valladolid. La joven supo de las desgracias paternas solo cuando, tras los funerales, los acreedores dejaron la casa familiar pelada como

una patata. El inesperado topetazo con la realidad cuando uno ha vivido siempre entre algodones, podría haber desesperado a alguien con menos fortaleza interior que Isabel. Su padre siempre le había dicho que los vizcaínos, como el hierro de su tierra, podían doblarse pero no se rompían. Y si bien él no había estado a la altura de lo que predicaba, Isabel le pagó, al menos, esa deuda. Su aspecto robusto, sanote, era el traje perfecto para un alma que no se estremecía con facilidad, poco dada a la sensiblería y al romanticismo. Paciente, reservada, excelente disimuladora, en lo más profundo de su ser latía un corazón dominante de nueva Leonor de Aquitania.

Cuando Muñoz supo que su finado amigo había dejado a su hija desamparada, viviendo en un cuartito de una pensión de tres al cuarto y con el único oficio de coser pingos ajenos a céntimo la pieza, sintió una gran lástima. Se propuso ayudarla y de paso ayudarse a sí mismo. Habló con su mujer de la infeliz y la convenció para que la tomase bajo su maternal cuidado. A Ana le encantó la idea. Un buen día se presentó en el cuarto de la pensión donde vivía Isabel, se condolió por sus desgracias y enseguida empezó a darle una lección magistral de lo que debería hacer para quitarse las murrias que la atenazaban:

—Sí, cierto, sientes pena por la muerte de tu padre, comprendo, pero ya han pasado unos meses y la vida sigue y tú no te puedes quedar en este cuartucho para siempre, ¿pero has visto que sucio está todo aquí? Jesús, si es que deberían pagarte por vivir en esta chabola. Este no es tu lugar, hija, no, no me hables del dinero, conozco gente que puede darte mejores prendas que arreglar que esos calcetines. A partir de ahí puedes hacerte un nombre como arreglista, incluso como modista, yo te ayudaré, no lo dudes, conozco mucha gente, ¿ya te lo he dicho no? Te presentaré a todas las señoras que valen la pena, sí, e incluso a algunas que la dan pero que tienen dinero para gastar en trapos. No esperes mucho al principio, ya te digo, pero en unos meses, y con mi ayuda, da por descontado que te habrás hecho una vida nueva. Pero, hija, lo primero es lo primero, se te ha pegado el olor a la miseria en la que vives, tienes una cara mustia que hace juego con ese vestido de luto

de vieja de pueblo. Eso ya no se lleva. Te digo lo que vamos a hacer: ahora mismo te vienes conmigo, buscamos una pensión algo más lucida, luego te llevo a La Parisina y te compro un par de vestidos nuevos, no, no hace falta que me agradezcas nada, tómatelo como un préstamo, ya me lo devolverás cuando puedas. La semana que viene te presentaré a unas amigas, seguro que les caes bien y te ayudan. Alegra esa cara, mujer, ya ha pasado lo peor...

La insistencia de Ana, su energía huracanada, arrastró a Isabel al principio, luego se dejó llevar porque le convenía. Le presentó a sus amigas, quienes comenzaron a darle la ropa maltrecha de sus criadas a modo de prueba; luego le encargaron algunos patrones y cuando vieron que Isabel tenía un arte innato para el corte y la confección, comenzaron a lloverle encargos de mayor importancia. Isabel era consciente de lo mucho que Ana había hecho por ella, pero sus aires de suficiencia, sus continuos “ay, criatura, ¿qué habrías hecho sin mí?” herían su orgullo. A veces la Muñoza la trataba como una mascota a la que se mimaba o reprende según el ánimo del momento, otras como una niña sin muchas luces, porque para Ana, que como muchos políticos confundía labia con inteligencia, los silencios norteños de Isabel eran sinónimo de falta de cacumen. La gratitud de las primeras semanas poco a poco se vio sustituida por resentimiento y hartazgo. Isabel deseaba librarse de una presencia que la asfixiaba cada vez más. Quería aquello para lo que la habían educado y que la debilidad de su padre le había arrebatado, ser dueña de su propia casa, señora de su propio reino, aunque fuera chico.

Isabel entró en La Parisina pisando la sombra de Ana. Hacía una semana que no había visitado el local y le parecía un mes.

—Félix —exigió medio en broma—, me han dicho que ha recibido un nuevo género y que lo tiene reservado para la de Solís, pues ya me lo está sacando o me enfadaré. A propósito, esta criatura que me acompaña es Isabel Landáburu, una amiga mía, no sé si la conoce, más que nada he venido a comprarle algunas cosas, que ya ve qué pintas tiene con ese luto. Acaba de perder a su padre y estaba enclaustrada en una habitación

de mala muerte, en fin, que yo le he dicho, sacúdete la tristeza y vamos de paseo que hace día muy bonito. Venga, Félix, no se quede ahí como un pasmarote.

Ana tenía razón; ojerosa, no muy bien peinada, enlutada de cabeza a pies, Isabel tenía pocas posibilidades de haber atraído la atención de algún hombre. Félix fue la excepción. Ya se tratase de una de esas *afinidades* electivas a lo Goethe o simple cuestión hormonal, el hecho es que Isabel, incluso con esa facha, le pareció a Félix una moza muy atractiva. Al instante, Isabel, que poseía una notable capacidad de observación, sintió que su presencia había turbado al dueño de La Parisina. Le lanzó un par de miradas rápidas, el atolondramiento del hombre se acrecentó. Para disimular, empezó a sacar sin ton ni son muestras de telas y a elogiarlas, como que otros hablasen no callaba a Ana, entre los dos convirtieron la tienda en una función de grillos. La escena resultaba tan cómica que, pese a su duelo, Isabel no pudo reprimir una sonrisa.

Durante las siguientes semanas Isabel visitó a menudo La Parisina, donde compraba hilos de colores para bordados, lacitos, encajes, útiles necesarios para su labor ahora que su clientela no eran simples fregonas y exigían algo más que un zurcido y dos remiendos. La manera en la que Félix la devoraba con los ojos la divertía. Sentía curiosidad por saber si el hombre se atrevería o no a sincerarse. Había leído suficientes novelas para saber que algunos enamorados preferían el suicidio a arriesgarse a comer calabazas. Le parecía una gran estupidez, pero esas cosas pasaban y le intrigaba saber si detrás de la fachada del experimentado hombre de mundo, latía un corazón de carnero. No es que le desease ningún mal, pero tampoco le importaba que sufriese un poco si era por su causa. Aparte de eso, no sentía nada por él. Le llevaba más de veinte años de edad y aunque fornido y bien conservado, dudaba que, trabajando tanto como lo hacía, Félix ni siquiera tenía un ayudante, cumpliese muchos más sin perder la salud.

Las turbulencias políticas de la vida española, que en Vallalmera pasaron en gran medida de largo, llegando solo los ecos tempestuosos de la capital y de algunas provincias especialmente alborotadoras, no afectaron lo más mínimo las

ensoñaciones cuarentonas de Félix, antaño aventurero en la California y ahora burgués sedentario y enamorado. A Isabel aún menos, la política le parecía una cosa confusa, histérica y bastante banal que consistía en un infinito quítate tú para que me ponga yo; actividad, en fin, típica de hombres, raza bastante primitiva en su forma de entender el mundo. Ella miraba por su futuro. Si algo cambió la suerte sentimental de Félix fue el deterioro definitivo de la relación entre Isabel y Ana. Con qué ganas le habría arrancado el moño cada vez que repicaba con aire protector la eterna salmodia del “pero tú, hija, qué habrías hecho sin mí”... La única forma de deshacerse de ella sin ofenderla era casarse y casarse bien. Cambió de estrategia con respecto a Félix. Ahora ya no iba a su negocio solo cuando lo necesitaba, sino con la más mínima excusa, trababa conversación con él, ponía un fingido interés en las anécdotas americanas que el otro, para hacerse el interesante, le contaba exagerando más de lo acostumbrado mientras le lanzaba miradas bastante patéticas que él consideraba de dandi. El hombre se derretía, le hervía la sangre y las pasiones bullían en su pecho a tal punto que los alivios nocturnos eran apenas una gota de agua sobre un voraz incendio. Pero no se atrevía a dar el paso definitivo y sus vacilaciones desesperaban a Isabel. Empezó a considerarlo un alcorcho incapaz de leer lo que se le ponía delante con letras de molde. Despechada, durante una semana no visitó la tienda. Fueron los peores siete días de la vida de Félix. Se sentía inquieto, malhumorado, hosco con los clientes. Algunos le preguntaban si se sentía mal, si dormía lo suficiente, le aconsejaban que se tomase unas vacaciones. Él asentía con la cabeza, movimientos bruscos de significado vago y guardaba silencio. Al octavo Isabel pasó por delante de la tienda. No entró, no saludó. Repitió la farsa varias veces. Exasperado, Félix se decidió al fin a sacar los ganchos de abordaje. La siguiente vez que Isabel pasó por delante de La Parisina, salió a la calle, la llamó por su nombre, la joven se paró, reprimió una sonrisa y con mucha elegancia se dio la vuelta y avanzó. Lo saludó con la simpatía de los mejores días.

—Señor Félix, ¿puedo serle de alguna ayuda?

—Verá, señorita, yo... —dudó unos segundos, la garganta seca, la lengua como una lija—, esto, me gustaría hablar con

usted, es un asunto privado, si tiene tiempo ahora, podríamos tomar un café en mi casa. No querría parecer atrevido pero, créame, es algo de naturaleza, ya sabe, reservada.

Isabel fingió sorpresa. Miró a izquierda y derecha.

—Bien, no sé, ¿qué pensarán si alguien me ve entrar en su casa? Comprenda usted que...

Muerto de angustia, Félix se preguntaba: “¿Estaré haciendo el ridículo?” Insistió:

—Oh, si es por eso no se preocupe. Mercedes, mi ama de llaves, está en la casa...

Eso pareció tranquilizar a la joven.

—Bueno, ya que parece que es importante para usted, le acompañaré, pero solo unos minutos, me esperan en casa de Anita Ponce.

Félix asintió aliviado. Pasaron a la tienda. El comerciante puso un cartel de *vuelvo enseguida* en la puerta y echó el pestillo.

—Así no entrará nadie mientras estoy arriba —dijo con voz flaca explicando lo obvio. La mujer le miró con cierto aire de desconfianza—. Venga, venga, es por aquí.

Al otro lado del mostrador, en el fondo de la tienda, detrás de una cortina, había una puerta. Félix fue hasta ella, sacó un llavín de uno de los bolsillos de su pantalón y la abrió. Se quedó en el umbral, hizo un gesto cortés para que su dama pasase primero.

—Es una puerta interior que comunica con el portal —explicó—. La razón de que me comprara este local es que su antiguo dueño lo vendía con casa incluida, justo arriba, en el primer piso. Pedí permiso al ayuntamiento para abrirla. Oh, tardaron casi seis meses de atroz papeleo pero valió la pena, gano en comodidad y en seguridad, sobre todo en invierno, cuando anochece temprano y te pueden estar esperando a la vuelta de la esquina para robarte la recaudación.

Isabel asintió aunque todo aquello le importaba poco. Lanzó una mirada exploradora a su alrededor. La puerta que daba a la calle estaba abierta de par en par, el sol frío del invierno castellano iluminaba el primer tramo de escaleras. Félix hizo un gesto para que la joven fuese delante y durante el breve ascenso no pudo apartar su mirada del balanceo de

los bordes de su vestido, de los níveos y bien formados tobillos. Llegaron a la única puerta del primer piso.

—Permítame que abra, señorita.

El hombre entró pero Isabel se quedó clavada en el umbral. Su mirada se deslizó por un largo pasillo, tres pares de puertas a cada lado, una en el fondo. Esta última se abrió y apareció una señora. Mercedes era una beatona de cincuenta años pasados y cara de pan ácimo, huraña con todos salvo con Félix, por quien sentía una fidelidad perruna; como ama de casa y cocinera no tenía precio.

—¿Señor? —dijo con tono sorprendido. Nunca antes Félix había subido a su casa a una mujer. Lanzó a la intrusa una mirada hostil. Hacía meses que había adivinado que su patrón había perdido la cabeza por la vizcaína y temía que antes o después se lanzase al abismo. Muchas veces había estado a punto de sacar el tema, de aconsejarle que no se precipitase, que ciertos pasos, cuando se dan, no tienen marcha atrás pero no se había atrevido. Hija y nieta de criadas, creía en Dios todopoderoso y en la obligación del servidor de no abrir la boca si no le pedían su opinión.

—Mercedes, tengo que hablar con la señorita Landáburu de un tema personal, ¿te importaría traernos una taza de café dentro de diez o quince minutos?

La sirvienta asintió con la cabeza, sus labios murmuraron algunas palabras que ninguno de los dos entendió, clavó una mirada inamistosa en Isabel y abandonó el escenario.

Félix hizo pasar a la joven a una amplia sala de estar. La decoración era de calidad, pero algo anticuada. Una gran mesa de madera negra en el centro, sillas de respaldo alto forrado de terciopelo y asiento de cuero. Sobre la mesa un único adorno, un águila dorada con las alas desplegadas, un viejo recuerdo de su estancia en California. A su izquierda, dos sofás miraban a una chimenea ahora apagada. En su repisa un pequeño reloj de bronce que retrasaba cinco invariables minutos desde que había salido de una fábrica sajona veinte años antes. Dos fotos, una de un joven Félix posando con un fusil de chispa y un par de pistolas en la cintura y otra del día de su boda con su difunta mujer, Conchita, una mejicana

bajita de amplia sonrisa. Las paredes estaban empapeladas y cubiertas de cuadros. Una estantería repleta de libros en uno de los fondos. En frente de la puerta una gran balconada, ahora cerrada y cubierta con unas cortinas blancas, muy pulcras. De la calle llegaba el ruido embozado de un carro que pasaba sobre la calzada de adoquines. Una alfombra carmesí cubría el suelo como un lago de sangre.

La invitó a sentarse en uno de los sofás. Él se sentó en el otro. Durante un instante miró el hueco de la chimenea, lamentó que no hubiera leña ardiendo porque aunque no sentía frío quizá habría dado un toque más hogareño. Por primera vez la habitación, hasta ese instante tan acogedora, le pareció fea, hostil. “¿Como va a querer Isabel vivir en esta osera con un viejo? No es posible”. Se sintió desesperado y decidió acabar con el asunto con la mayor rapidez. Se volvió hacia ella, que observaba con atención la foto nupcial.

—Señorita —dijo con un jadeo ahogado—, no deseo entretenerla más de lo debido, así que permítame que le hable con franqueza. Hace tiempo que estoy enamorado de usted. Me parece encantadora y no dejo de tenerla en mi cabeza a todas las horas del día y de la noche. Necesito que usted acabe con esta situación para bien o para mal, ¿quiere casarse conmigo? Sé que hay una gran diferencia de edad entre los dos, pero, créame cuando le digo que con usted mi corazón se siente tan joven que podría amarla siempre. Yo ya he estado casado y como quizá usted sepa, mi esposa, Conchita, murió durante el parto, y, le ruego que me crea, desde entonces, jamás había vuelto a poner la vista sobre otra mujer. Hasta que usted entró en mi tienda. Señorita, yo...

Su mente se quedó en blanco. Su garganta paralizada. Una mirada de súplica en los ojos.

Isabel se enderezó al escuchar la petición, se llevó las manos a la cara, teñida de rubor la tez, pestañeaba con fuerza. Miró al hombre sin decir palabra, como estupefacta, en apariencia sorprendida de lo que acababa de oír, las aletas de la nariz le vibraban.

—Por favor... —suplicó Félix.

—Yo, yo, no podía pensar... —tartamudeó de emoción la afortunada— ...no podía suponer —con un movimiento rápido

se secó dos lágrimas incipientes—, que usted sintiese eso por mí, si lo hubiese sabido...

Félix se preparó para la puñalada. Sus manos agarraron con fuerza las esquinas del sillón.

—... si hubiera comprendido que usted sentía lo mismo que yo...

Rompió a llorar.

Félix, con rostro desencajado, repitió incrédulo.

—¿Usted siente lo mismo que yo? ¿Usted me ama? ¿Eso significa que acepta ser mi esposa?

Durante unos instantes, la joven no pudo refrenar un llanto emocionado cuyas lágrimas rompían en la sonrisa que se dibujaba en su atractivo rostro. Asintió con la cabeza, primero de forma tenue, luego con más fuerza, hasta que casi parecía que se le iba a salir del tronco y caer al suelo. Con cuidado, Félix acarició con arrobó uno de los hombros de la joven.

* * *

La boda se celebró un mes después en la iglesia de San Miguel. Sorprendió a muchos pero pocos fueron los que la criticaron. Félix era viudo, Isabel soltera, ambos sin familia, él encontraba una buena madre para sus futuros hijos y ella un buen partido. Si además había amor, miel sobre hojuelas pero el aspecto práctico del enlace resultaba irreprochable y entre las amistades y conocidos de uno y otro, burgueses hechos a sí mismos, el pragmatismo era un valor nominal. Fueron de luna de miel a Valencia, pasearon por sus playas, se hartaron de mariscos, disfrutaron de su cálido sol invernal. Cuando regresaron Félix era un hombre a una sonrisa pegado e Isabel exhalaba aire de satisfacción por cada poro. Durante el viaje le había tomado la medida a su marido y se disponía a moldearlo a su gusto con la paciencia y maña del mejor artesano. Lo primero que hizo como reina de su hogar fue, como dijo a su marido, “arreglar la situación de Mercedes”. El ama de llaves había estado residiendo en la casa de su patrón, donde tenía una pequeña habitación al fondo del pasillo. La edad y físico de la señora había evitado que nadie murmurase sobre

© Aitor Óscar Hernández Franco, 2016
© de esta edición: Editorial Milenio, 2017
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: septiembre de 2017
ISBN: 978-84-9743-779-0
DL L 620-2017
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L.
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.